

**APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA VIDA COTIDIANA EN
MÁLAGA DURANTE LA OCUPACIÓN FRANCESA
(1810-1812)**

*Antonio Carmona Portillo
Doctor en Historia*

RESUMEN

Análisis sucinto de la cotidianidad en la que vivieron los malagueños durante dos años de ocupación francesa, en donde se aprecia la versatilidad de esta población y su adaptación a las circunstancias adversas que les tocó vivir.

Palabras claves: Málaga, Guerra de la Independencia, vida cotidiana, sociedad

*CONTRIBUTION TO THE STUDY OF THE DAILY LIFE IN MALAGA
DURING THE FRENCH OCCUPATION (1810-1812)*

ABSTRACT

A Concise analysis about daily life in which people from Malaga lived for two years of French occupation, where we can appreciate the versatility of this population and their adaptation to the adverse circumstances they had to live.

Key words: Malaga, War of Independence, daily life, society

El comportamiento social, los gustos, las fiestas, las ceremonias, etc., fueron diferentes antes y después de la entrada de las tropas francesas. Con anterioridad al día 5 de febrero de 1810, la vida en Málaga giraba en torno a la crítica y burla a todo lo francés, mezclado con una forma de vida tranquila que contrastaba con la que se estaba viviendo en otros lugares de España. Los periódicos insertaban avisos que nos pueden llevar incluso a la hilaridad. Así el *Diario de Málaga* fijaba uno dirigido a quien hubiera perdido una burra para que se personara a recogerla en la plazuela de don Juan de Málaga.

En el diario *La Atalaya Patriótica* se describía en forma imaginaria la vida tan “estresante” de un burgués malagueño en la ciudad, especialmente desde que se habían impuesto los coches de caballo. El protagonista del cuento costumbrista habitaba en la calle Nueva y se dirigía a depositar una carta en la administración de correos, para lo que atravesó la plaza Mayor y se introdujo en la calle Granada. En esos momentos hubo de ampararse en una de las rejas de la cárcel que aún estaba allí, para no ser atropellado por un coche de caballo que circulaba por la embocadura de la calle Lucía a toda velocidad, seguido de un segundo coche que le perseguía. Ambos vehículos se detuvieron y los cocheros se enzarzaron en una agria disputa, a la que siguieron las bofetadas y los palos, interrumpiendo el paso a los demás viandantes. A causa de sus gritos desmedidos, a la concurrencia de gente que de una y otra parte se había agolpado, a los que se hallaban detenidos y a las chanzas pesadas y vocingleras de los pobres de la cárcel, los caballos se espantaron y rompieron las dos piernas a una pobre vieja... Las comadres de parir bramaban desde sus almohadones, alegando cada cual “las muchas ocupaciones que le aguardaban y contrabandillos a los que tenían que dar salida”. Todo este escándalo ocasionó que el bueno de nuestro protagonista, despachara tarde la carta destinada a su correspondiente en el comercio de Cádiz, lo que le valió perder su negocio. Además, narra el periodista, que un criado

no pudo avisar a tiempo al párroco para que diera el santo oleo a su amo que había sufrido un insulto mortal, y un pobre hombre no pudo llegar a la botica a tiempo para encargarse de una bebida para su mujer que “por instante expiraba a manos de un fiero dolor nefrítico”.

Aunque se tratase de una ficción, la descripción del ambiente malagueño en los comienzos del siglo XIX es bastante locuaz. Al escritor de narraciones costumbrista no le importaba la guerra que en esas fechas se estaba librando en España, solo el loco devenir de los “tiempos modernos” que llenaba de zozobra a la gente. Tampoco sabía del peligro que corrían aquellos personajes típicos malagueños, como los barateros, que vendían a menor precio lo que robaban o sacaban de los mayoristas, también famosos por sus bravuconerías, aunque a la hora de la verdad escapaban de cualquier reyerta que se encontraran en su camino. También seguían con sus vidas los especieros o vendedores ambulante de especias, los charranes o niños huérfanos que jugaban en las plazas de la ciudad y sacaban dinero de dónde podían para sobrevivir, los estudiantes, los curas de misas y ollas, los aprendices de poetas, las criadas que, como la que hemos visto en la narración anterior, corrían de un lado a otro para atender los recados de sus señoritas. Y así un sin fin de figuras que hacían de Málaga una ciudad bulliciosa y alegre.

Pero de vez en cuando las noticias del exterior venían a alterar el buen humor y la tranquilidad de un pueblo que se sentía seguro al otro lado de las sierras que lo rodeaban. Esas noticias las traían de Madrid las personas que desde allí llegaban huyendo de la ocupación francesa. Daba la sensación de que Málaga nunca iba a estar ocupada por los mismos que en esos momentos campaba por Madrid. Una señora que había huido de la capital, donde se había dejado todo: sueldo, dinero, joyas, enseres, etc., anunciaba que ponía casa de educación de señoritas jóvenes para instruir las en la doctrina cristiana, historia sagrada, geografía, lectura, escritura, costura, bordado y “otros primores propios del sexo”.

También un mozo, de edad de 28 años, casado, pretendía trabajar como escribiente y contable, “acomodarse por la pluma y cuentas”; acreditando su buena conducta para intentar ganarse la vida allí donde parecía no llegaba el francés. Ignoramos lo que fue de este joven, que por el momento residía en una fonda del Puerto, pero desde luego no era consciente de que la sombra alargada de Napoleón estaría cerca de su fonda y rompiendo sus sueños de prosperidad menos de tres meses después.

Y así otros buscaban a su perro perdido en busca de aventuras, o miraban en la prensa la lista de los buques que habían fondeado en el puerto, vendía quincallas en la calle Granada o asistían desde los balcones de las casas que rodeaban la Plaza Mayor a los espectáculos que se organizaban, incluidas las ejecuciones. Había miseria, es cierto, pero la miseria normal de una España en decadencia. Al margen de ello, la gente podía comprar helados en la botillería de la calle Toril hasta en el mes de diciembre o jugar a la lotería para ver si la diosa Fortuna le traía la alegría de hacerse rico. Por esa razón acudiría rápida al despacho de la Real Lotería, porque el 22 de noviembre, a menos de tres meses de ser invadida Andalucía por las tropas de Napoleón, quedaba cerrada la admisión al sorteo que se celebraba en Sevilla el viernes día 24 de ese mes.

De vez en cuando se miraba hacia las alturas para implorar la protección divina. La hermandad del Santo Rosario de señoras, ubicada en la parroquia de San Juan, celebró el día 30 de septiembre de 1809, misa solmene y sermón a cargo del trinitario Miguel de Ortega, “con el fin de implorar la protección divina en la circunstancias presente”. Pero de nada servirían los sermones y los rosarios.

Aun quedaba tiempo para comprar en la botica de Antonio Villanueva y Toribio, en calle Carnicerías, costra del vino que quedaba en la tinaja, una vez fermentado el alcohol, desde la mitad de la vasija hasta la boca. Se podía hacer con eso desde un emplasto hasta un buen orujo; y solo por un real de vellón la libra.

Pero un mal día del mes de febrero de 1810, el cielo se nubló y descargó sobre la pacífica y mercantil ciudad una tormenta en forma de balas de cañón, y las bayonetas penetraron en los cuerpos inocentes de aquellos malagueños que no querían perder su independencia. El olor a pólvora impregnó el aire y después solo se oyó el silencio, porque ya nadie pudo hablar en contra de los que habían ocupado el poder, si no quería sentir como el impaciente garrote le rompía la garganta. ¿Cómo se enterarían ese señor que no pudo poner la carta en el correo? ¿O la señora que se ofrecía para enseñar buenos modales a las señorías? ¿O el farmacéutico que vendía costra de la tinaja? Y en definitiva ¿cómo se enterarían todos los malagueños?

El día 21 de enero de 1810 había programada por el ayuntamiento una corrida de toros, organizada por el empresario José Román y Vera, para celebrar que se habían reunido en Cádiz las Cortes convocadas por la Junta Central. Pero no hubo corrida de toros. Se suprimió porque se supo que las tropas de José Bonaparte estaban cerca de Málaga y no era cuestión de que sorprendiera a los malagueños jaleando a los toreros en el coso de sangre y arena. En ese momento, cuando se anunció la suspensión de la corrida de toros, fue cuando para algunos comenzó la guerra de la Independencia. Por supuesto que como era una cuestión de fuerza mayor y el empresario no tenía la culpa de la suspensión, que la tenía Napoleón, se le indemnizó con la cantidad de 2.284 reales de vellón.

¿Y después de la entrada de los franceses en Málaga? Cuando el príncipe Antonio Sulkowski, se hizo cargo provisionalmente del gobierno militar de Málaga, la vida cotidiana cambió. Ahora eran los afrancesados los que participaban en primera fila en las representaciones teatrales y los que desfilaban con su banda azul cruzada en el pecho por las calles de Málaga, aquellos días en los que la ciudad recibía la visita de algún general francés. Eran también los que llenaban sus salones de las casas señoriales en los días en los que había reuniones informales, las llamadas “tertulias de confianza”

Ilustración 1. Iglesia del Carmen
en el barrio del Perchel.



porque sólo acudían los amigos más íntimos. También serían los que ahora acudirían a la Alameda en las tardes de invierno o en las noches de verano a pasear sus honores ganados en el campo de batalla del servilismo político unos, de la confusión otros y de las buenas intenciones los demás. En definitiva los que más gozaban de la privilegiada vida en Málaga, tal como la describiera Clermont-Tonnerre: “Málaga es, indiscutiblemente, una de las ciudades más amenas de España”.

Los afrancesados quisieron instaurar en esta ciudad sus ideas ilustradas y entre otras el civismo y el decoro en la conducta urbana.

En el año 1811 la municipalidad dio órdenes de que se cerrasen las tabernas al toque de oración en el barrio de la Trinidad, a causa de las quejas de sus vecinos por los desórdenes originados por los individuos del ejército o de las milicias Cívicas. Esta preocupación por el orden se extremaba en días de fiestas, como el de la Nochebuena. En la de 1811 la municipalidad recomendó a los vecinos que cuidasen de que en sus respectivos cuarteles no se produjeran desorden alguno, avisando de inmediato a los cuerpos de guardia o a las partidas de rondas que patrullaban la ciudad. En el mismo orden de cosas, también la municipalidad afrancesada pretendió cambiar el lugar dónde se colocaban los puestos con artículos navideños, la Alhóndiga, por otro sitio dónde no se produjera el bullicio de los días precedentes y el difícil tránsito por callejuelas como la de San Juan o el aún más congestionado paso por Puerta del Mar. Pero los malagueños lograron mantener la tradición y la plaza de la Alhóndiga continuó unos años más siendo el lugar dónde se instalaban los puestos de Navidad.



Ilustración 2. Cementerio de San Miguel, cuyos terrenos fueron bendecidos en 1810 bajo la municipalidad afrancesada.

La vida religiosa se vio alterada por la presencia francesa. La orden de exclaustación y el expolio que sufrieron los conventos, iglesias y hermandades que en ellas tenían su sede, deterioró mucho las ceremonias cuaresmales. Algunas cofradías se vieron obligadas a disolverse y otras, como la hermandad de Viñeros, tuvieron que ocultar su imagen titular y sus enseres durante el tiempo de la ocupación. También tuvieron las cofradías que adaptar sus actividades internas a los nuevos tiempos. Hubo bastantes dificultades, sin embargo, en aceptar la orden de inhumación fuera de los templos, ya que en ellos tenían las hermandades su lugar para el enterramiento de los cofrades. La aplicación de la pragmática de Carlos III de 1781 y el posterior decreto de José I sobre los entierros en zonas alejadas del centro urbano, no se cumplió hasta muy avanzado el siglo XIX, por la creencia general de que los terrenos del nuevo cementerio de San Miguel, no eran, a pesar de su bendición en 1810, sagrados¹.

Los actos religiosos en honor de los patronos de Málaga, los mártires, San Ciriaco y Santa Paula, continuaron celebrándose en la Catedral y en la Parroquia de los Santos Mártires².

La educación fue otro de los instrumentos usados por los ilustrados para erradicar la incultura del pueblo. En este sentido es poco lo que podemos decir de la labor de la municipalidad de Málaga durante la ocupación. Es cierto que las circunstancias no estaban para tratar de cubrir esta necesidad, pues lo primordial era el suministro, en especial a las tropas imperiales. Se mantenían, sin embargo, algunas de las instituciones de enseñanza antiguas, como el Colegio de San José, conocido como Beatas del Carmen por estar en las inmediaciones de este convento. Fue fundado en 1640 y dedicado

- 1 JIMÉNEZ GUERERO, J. *La Semana Santa de Málaga*. Editorial Sarriá, Málaga, 2000, pp. 41 y 42.
- 2 LARA GARCÍA, M. P. "Ciriaco y Paula, patronos de Málaga" en *Anuario de la Real Academia de Bellas Artes de San Pedro*. Málaga, 2003, pag. 24.

a la educación de niñas de familias acomodadas, pero que habían perdido la referencia materna por fallecimiento de sus madres. Aquí las monjas encargadas de ellas enseñaban “todo lo que cristiana y políticamente debe saber una señora bien educada”. Por esta educación pagaban una moderada pensión al colegio para su alimento, enseñanza y servicios. Por lo tanto, más que de una institución de caridad estamos hablando de una institución de educación para las mujeres y obedecía a las directrices sobre la separación de sexos en el desarrollo de las competencias establecidas en la vida cotidiana de aquella época. Las rentas que se suministraba a este colegio las entregaban las alumnas, pues dos casas que poseían en propiedad fueron vendidas como de obras pías y no cobraban réditos por ellas. Este colegio estaba bajo la protección y gobierno de los obispos y de los capitanes generales y gobernadores. Era, en efecto, un establecimiento muy útil en el que se criaron muchas de las señoras de esta ciudad y de otras varias del reino, que tuvieron la desgracia de perder a sus madres en los primeros años de sus vidas. Su rectora era en 1810 la Madre Inés de San José³.

No había más remedio que normalizar la vida y mantenerse a la expectativa de lo que pudiera pasar, para lo cual el gobierno municipal también recibía frecuentemente solicitudes de licencia para enseñar las primeras letras en Málaga. Hay que reconocer que las causas por las que se hacían esas peticiones eran más de tipo económico que cultural. Pero es que los maestros también tenían necesidad de comer. En algunas ocasiones eran las propias viudas de los educadores las que solicitaban continuar con la labor del marido, bien por ellas mismas o por la interposición de un testaferro en forma de ayudante o un sacerdote que garantizase la enseñanza de la doctrina cristiana.

3 (A)rchivo (D)íaz (E)de Escobar, Fundación Unicaja, Caja 342 1.1

Ante estas circunstancias los maestros de la ciudad solían pedir al ayuntamiento que no concediera licencia de enseñar ni “abrir escuela”, a quien no hubiese obtenido el título de maestro y examinado como tal en Granada. También solicitaban que se extremasen las visitas de inspección para evitar el fraude tipo “maestro ciruela”.

Solo conocemos dos peticiones para abrir escuela en Málaga durante la ocupación, ambas en el mes de agosto de 1810. Una de María Carmona, viuda de Pedro García Meléndez, maestro que fue de primeras letras, y otra de Ignacio Rodríguez. La escasez de maestros debió ser mucha durante la ocupación, pues después de salir los franceses, desde el 4 de mayo a 13 de noviembre de 1813, se presentaron siete solicitudes, de las cuales cinco manifestaban la pobreza y necesidad como motivación para tal trabajo⁴.

La lucha contra el francés adoptó múltiples formas. Una de ellas, como afirma Cristóbal García Montoro, era la llamada “literatura de combate”. Se trataba de composiciones literarias destinadas a crear una opinión pública favorable a la resistencia al invasor. Era algo así como el “pepito grillo” que pretendía mantener las conciencias despiertas. El soporte de estos escritos era muy variado: hojas volantes, manifiestos, panfletos, poesías, escritos doctrinales y ensayos, comprendían el surtido de géneros literarios lanzados solo con la fuerza de la palabra contra el invasor. Entre sus características destaca la exageración de los defectos de los franceses, el excesivo chauvinismo y los llamamientos desgarrados a luchar por cualquier medio.

Fueron muchos los escritos anti francés en Málaga: “La bestia de siete cabezas y diez cuernos o Napoleón emperador de los franceses”, “Exposición literal del capítulo XIII del Apocalipsis por un presbítero andaluz vecino de la ciudad de Málaga (1808)”, “Al 18 de julio de 1808 y a la eterna memoria de los vencedores

4 A.H.M.M., Leg. 242, C. 24.

de Bailén”, “Voces de Málaga” y “Diálogo entre don Cascaron y don Proyecto”⁵.

La actitud anti francesa no se limitó a la prensa. Hubo también algunos pensadores de la razón como Peregrino Ferrer y Aymerich. Este, habiendo sido indultado por la Junta Central del castigo de tres años de prisión impuesto por Carlos IV y no pudiendo defender a la Patria con las armas, se decidió a escribir un tratado contra los afrancesados acusados de “crimen de traición”⁶. Junto a los sesudos escritos de los patriotas intelectuales, encontramos también la mordaz literatura popular que por medio de versos o canciones ridiculizaban a los franceses. En este caso, además de conseguir elevar la moral patriótica, daban un poco de alegría a los malagueños para que al menos esbozaran una leve sonrisa a pesar de las circunstancias por las que atravesaban. He aquí una coplilla popular anónima⁷:

En alambique echarás
a Lutero y a Calvino,
un judío y asesino.
Y después lo mezclarás
con sangre de Barrabás.
Y de jugos inhumanos
en la hornilla de Vulcano
cobrará la quinta esencia.
Y sacarás sin violencia
un francés, el más humano.

5 GARCÍA MONTORO, C. “La Málaga del siglo XIX” en *Historia de Málaga*, Tomo II, Málaga, 2007, pag. 489.

6 (A)rchivo (H)istórico (N)acional, Estado, Leg. 50, A.

7 A.D.E., Fundación Unicaja, Caja 28(3-10).

Durante la ocupación continuaron existiendo parte de aquellos placeres espirituales de que gozaban los españoles. Uno de ellos, la música, tuvo sus luces y sus sombras. Es pertinente diferenciar la música sacra de la popular. La primera se centraba en la Capilla de Música de la Catedral de Málaga y sufrió un gran declive durante la etapa de la ocupación, disminuyendo ostensiblemente el número de músicos, bien por haber huido de la ciudad o bien por haber perdido la vida en la refriega o por la miseria. En número de miembros de esta Capilla que permanecieron en sus puestos en la Catedral osciló entre los 13 y los 23 músicos. Esta disminución no indica que las autoridades francesas de Málaga no fomentaran el culto catedralicio. Por el contrario, lo hicieron y se esforzaron en que continuara su existencia, aunque solo fuera para poder dar más brillo a las ceremonias religiosas a las que asistían para mostrar su categoría social. En este sentido el Cabildo catedralicio se vio obligado a contratar músicos para poder reunir un conjunto capaz de interpretar piezas adecuadas en las ceremonias solmenes.

En el plano popular la música que se interpretaba eran canciones patrióticas y anti francesa, sobre todo antes de la entrada de los gabachos en Málaga. Destacan las composiciones de Joaquín Tadeo de Murguía, Francisco Mole y José Odena Murguía. Al igual que ocurría con la literatura popular, la música también se utilizó como medio eficaz para fomentar el patriotismo y el valor.

Por su parte, los franceses recurrieron también a la música en conciertos públicos como manifestación de su poder, utilizando para ello a soldados que interpretaban música patriótica, a favor de la gloria del ejército imperial y de su jefe Napoleón Bonaparte. Los conciertos se solían dar al aire libre. Antes de la llegada de los franceses se celebraban en la plaza Mayor, pero Maransin, para demostrar su poder sobre la ciudad, ordenó que se cambiase de lugar y que los músicos interpretaran su arte en la Alameda, lugar que

podía acoger a mas oyentes que la plaza Mayor, lo que amplificaba su labor de propaganda⁸.

La ocupación de Málaga no reportó beneficios a los artistas locales. Los pintores como Vicente Lorca y Manuel Molina, residentes en las calles Fraile y Parra, respectivamente, el dorador José Trallero o el escultor Francisco de la Peña, domiciliado este último en la Cruz Verde, no vieron aumentado sus pedidos en estos años⁹. Es evidente que ante una situación de crisis la gente tiende a abstenerse de lo más superfluo, y, por supuesto, lo más superfluo eran, y siguen siendo, los placeres espirituales y estéticos.

Tampoco las fiestas religiosas o de exaltación generaron en estos años beneficio alguno a los artistas malagueños. La visita de José I supuso un gasto de más de 500.000 reales pero en su ejecución no hubo trabajo para los artistas locales.

Tampoco se encargó ninguna obra de arte perdurable en las celebraciones del aniversario del Emperador. Hubo fiestas durante los días 14, 15 y 16 de agosto tanto en 1810 como en 1811 y 1812, pero se reducían a repique de campanas, iluminación general, colgaduras, salvas de artillería, *tedium*, corridas de toros, etc. Era evidente la pérdida de entusiasmo conforme avanzaba el tiempo y disminuía la seguridad de los franceses en mantenerse en la ciudad. La fiesta de agosto de 1811 tuvo menos grandiosidad que la de 1810 y se redujo a un *tedium* en la Catedral, en la que no estuvieron presentes algunos regidores, debido o bien al rechazo de estos empleados municipales a la presencia francesa en Málaga o bien a la toma de posiciones en

8 DE LA TORRE MOLINA, M. “La música en las ceremonias públicas malagueñas durante la ocupación napoleónica (1808-1814). En *Actas de las I Jornadas de la Guerra de la Independencia en Málaga y su Provincia (1808-1814)*. Málaga, 2005, pp. 656-660.

9 GONZÁLEZ SEGARRA, S., “De artistas, fiestas y patrimonio” En *Actas de las I Jornadas de la Guerra de la Independencia en Málaga y su Provincia (1808-1814)*. Málaga, 2005, pag. 631.

vista a un previsible cambio político¹⁰. Dada la trascendencia de la coronación del Emperador, las autoridades francesas exigieron a la municipalidad que el 18 de noviembre de 1811 se celebrara con dignidad tal hecho. Los comisionados Francisco Vasco y Juan Barreda prepararon una celebración con la mayor de las demostraciones posible teniendo en cuenta la delicada situación económica de Málaga ya en aquellas fechas.

No ocurrió lo mismo con la celebración del nacimiento del hijo de Napoleón. Los bonapartistas habían recibido con alegría la noticia porque de esa manera percibían que podía tener continuidad el Imperio en el seno de la familia Bonaparte. En Málaga se quiso demostrar esa alegría y se celebraron festejos durante tres días seguidos. Los días 14, 15 y 16 de abril de 1811 hubo tablado; danza; teatro, al que se invitó en dos sesiones a todo el que quisiera asistir; juegos populares como cucañas; fuegos artificiales; iluminación de las calles, etc.

También se hicieron obras de caridad en memoria del recién nacido, como el abono de la dote de siete doncellas del Colegio de huérfanas para su casamiento, así como raciones extraordinarias de comida a los niños huérfanos, a los pobres y a las niñas de la Casa del Corazón de María. Se instaló un tablado flamenco en la Alameda frente a la casa del Gobernador, y hubo música interpretada por la banda del regimiento de infantería de Málaga nº 6. La fiesta terminaría con un banquete de gala a los jefes, oficiales y personas de distinción.

Aunque la municipalidad intentó una cierta austeridad en esta fiesta, 19.050 reales no era precisamente una bagatela, sobre todo cuando en esos momentos la mayor parte de la población malagueña pasaba hambre. Tampoco se paró en controlar los gastos que a finales del año 1811 ocasionó la visita del duque de Dalmacia, el mariscal

10 A.H.M.M., AACC., Año 1811, Vol. 201, Folio 500.

Soult. Con lo gastado solo en manteles para el banquete oficial se hubiera podido suministrar trigo durante varios días a la población de Málaga.

La agitación y la angustia en las que estaban sumidos los franceses no impidieron, el 15 de agosto de 1812, la celebración acostumbrada de la fiesta del Emperador. Soul dio órdenes formales de que esta fiesta fuera aún más brillante que de costumbre. Era una forma de decir al mundo que aún no se había apagado el esplendor del Imperio francés. Se dispararon por la mañana, al mediodía y por la tarde, salvas de 101 cañonazos para glorificar el aniversario del nacimiento de Napoleón. Hubo además corridas de toros y atracciones de toda toda clase. Grasset dice desde un punto de vista francés y prepotente que se distribuyeron víveres a los “indígenas”, y se entregó vino, aguardiente y una ración de pan blanco, a la tropa¹¹. Por último, para evidenciar el significado especialmente político de los festejos, los altos personajes comprometidos en el movimiento insurreccionales de Málaga fueron indultados por el gobernador, a petición de las damas de la ciudad. Todo un detalle de quien sabía que en menos de quince días abandonaría la capital.

Bibliografía

AYMES, Jean René. *La guerra de la Independencia en España (1808-1814)*, Editorial Siglo XXI de España, Madrid, 1980.

AYMES, J. R. “La Andalucía del sudeste en la correspondencia del mariscal Soul (1810-1811) y las memorias de militares napoleónicos”. En *Actas de las I Jornadas de la Guerra de la Independencia en Málaga y su Provincia (1808-1814)*, Málaga, 2005.

11 GRASSET, A. *Málaga provincial francesa*. Universidad de Málaga, Traducción de Mari Cruz Toledano, Málaga, pag. 226.

- BRINDLER, Robert. *Memoria de un estudiante inglés en la guerra de la Independencia*. Secretariado de publicaciones e intercambio editorial, Valladolid, 2011.
- CHECA OLMEDO, M. “Málaga, ciudad francesa” en *En Actas de las I Jornadas de la Guerra de la Independencia en Málaga y su Provincia (1808-1814)*, Málaga, 2005.
- DE LA TORRE MOLINA, M. “La música en las ceremonias públicas malagueñas durante la ocupación napoleónica (1808-1814). En *Actas de las I Jornadas de la Guerra de la Independencia en Málaga y su Provincia (1808-1814)*, Málaga, 2005.
- DE MENDOZA, J. *Historias de Málaga durante la revolución santa que agita a España desde marzo de 1808*. Introducción y notas de M. Olmedo Checa, Málaga, 2003.
- FRASER, Ronal, *La maldita guerra de España: historia social de la Guerra de la Independencia, 1808-1814*. Crítica, Barcelona, 2006.
- GARCÍA CÁRCER, R. *El sueño de la nación indomable: los mitos de la guerra de la Independencia*, Temas de Hoy, Madrid, 2007.
- GARCÍA MONTORO, C y ARCAS CUBERO, F. “Historia de Málaga. El siglo XIX” en *Málaga*, tomo II. Historia, Granada, 1984.
- GÓMEZ IMAZ, M. *Los periódicos durante la guerra de la Independencia (1808-1814)* Renacimiento, Sevilla, 2008.
- GONZÁLEZ SEGARRA, S. “De artistas, fiestas y patrimonio” En *Actas de las I Jornadas de la Guerra de la Independencia en Málaga y su Provincia (1808-1814)*, Málaga, 2005.
- GRASSET, A. *Málaga provincial francesa. (1811-1812)*. Universidad de Málaga, Traducción de Mari Cruz Toledano, Universidad-Real Academia de San Telmo, Málaga, 1996.
- JIMÉNEZ GUERERO, J. *La Semana Santa de Málaga*. Editorial Sarriá, Málaga, 2000.
- JURETSCHKE, H. *Los afrancesados en la Guerra de la Independencia. Su génesis, desarrollo y consecuencia histórica*, Rialp, Madrid, 1962.

- QUILEZ FAZ, A. *Málaga y sus gentes en el siglo XIX. Retratos literarios de una época*. Editorial Arguval, Málaga, 1995.
- RUBIO ARGÜELLES, A. *Apuntes históricos malacitanos*, Málaga, 1956.